

Contra el tiempo: filosofía práctica del instante

Luciano Concheiro

¿No ha llegado ya la hora de declararle
la guerra al tiempo, nuestro enemigo común?

E. M. CIORAN

Si me viera obligado a señalar un rasgo que describiera la época actual en su totalidad, no lo dudaría un segundo: elegiría la aceleración. Este fenómeno explica en buena medida cómo funcionan hoy en día la economía, la política, las relaciones sociales, nuestros cuerpos y nuestra psique. El incremento de la velocidad es una mirilla por la cual, sin tener que recurrir a perspectivas reduccionistas, podemos ver –y acaso entender un poco mejor– el mundo contemporáneo y a quienes lo habitamos.

Cada etapa histórica se distingue por una manera particular de experimentar el tiempo. La nuestra es la época de la aceleración. La concepción temporal de la Modernidad era como una escalera ascendente sin fin: rectilínea, arrojada hacia el futuro y articulada por la noción de Progreso. En cambio, la concepción temporal que hoy predomina es más bien como una página web de scroll infinito (es decir, como funcionan Facebook, Instagram y Twitter). Percibimos una sucesión constante de eventos que se desplazan unos a otros rápidamente. No hay dirección, no se va a ningún lugar.

La imagen que mejor explica cómo experimentamos el tiempo es la de una rueda para hámster que gira a una gran velocidad pero no se desplaza. Vivimos en una época de inmovilidad frenética. La lentitud resulta una estrategia infructuosa frente a la lógica de la aceleración. Los intentos por querer ir más lento terminan siendo infestados por su dinámica y, sin excepción, se vuelven veloces. Para escabullirse de la velocidad hay que aventurarse a enfrentar al tiempo mismo: detener su curso. Esto sólo puede lograrse mediante **el instante**: una experiencia que consiste en la suspensión del flujo temporal. El instante es un notiotempo: un parpadeo durante el cual sentimos que los minutos y las horas no transcurren. Es un tiempo fuera del tiempo.

Bajo la lógica capitalista, la velocidad se desea con fruición. Ir más rápido significa mayores ganancias. A la inversa, cada minuto desperdiciado conlleva pérdidas monetarias. Mientras que la rapidez, la eficiencia y la agilidad se santifican; la lentitud, la torpeza y la pereza resultan aberrantes. Téngase presente que la etimología de «negocio» es neg-otium, la negación del ocio y, así, del reposo. (En inglés el ejemplo permanece: business proviene del inglés medio bisy, ocupado, y nombra la condición de estar ocupado.) El capitalismo contemporáneo se ha convertido en un turbocapitalismo, necesitado como nunca antes de la velocidad para mantener los ritmos de crecimiento y las exigencias de ganancia. En buena medida, el elemento temporal cobró tal importancia porque a finales del siglo XX se completó un proceso iniciado cuatro siglos atrás: la constitución de una «economía-mundo».

Vivimos apurados, en un frenesí permanente. Nuestros días están asediados por las prisas: queremos resolverlo todo con prontitud. Terminamos una tarea para enfrascarnos en

la siguiente. Una interminable lista de pendientes nos atormenta a cada momento. El sentimiento generalizado es que el tiempo con el que contamos nunca es suficiente. Dondequiera escuchamos la queja: «Cómo me gustaría que el día durara más.» O su variante: «Qué rápido pasa el tiempo, no me alcanza para nada.» Descansar se ha vuelto una ilusión imposible de alcanzar. La presión por reemprender las tareas pendientes nunca desaparece. Por más energía que derrochemos, no logramos ponernos al día. Estamos constantemente un paso atrás, rebasados por la velocidad de la realidad y sus representaciones.

Es indudable: las prisas y la presión que rigen nuestra cotidianidad derivan del espíritu del capitalismo, que tiene como objetivo primordial la generación de ganancia y el aumento incesante de ella y, por ende, precisa que las acciones productivas se ejecuten con prontitud y tenacidad. Ambos fenómenos psicológicos han sido catalizados por la propagación de internet y, muy especialmente, por la aparición de los dispositivos móviles (celulares inteligentes, tabletas, computadoras portátiles, etcétera). El principio de urgencia se extiende hacia toda actividad. Por más insignificante que sea nuestra tarea, de algo podemos estar seguros: es urgente. Debemos vivir en alerta, listos a responder apresuradamente a lo que se nos solicite.

Las prisas, vistas con detenimiento, son un imperativo por incrementar la velocidad de nuestras acciones, pero también una exigencia por ejecutar cada vez más acciones en un lapsus temporal cada vez menor. De forma más simple: las prisas pretenden que se desperdicie menos tiempo y, simultáneamente, que se hagan más cosas. Entendidas de esta manera, como una consecuencia conductual del fenómeno de la aceleración, explican por qué una parte cada vez mayor de la población reporta sentir un cansancio profundo permanente.

La duración de las relaciones amorosas ha disminuido notoriamente. El divorcio y la separación son prácticas normalizadas incluso dentro de los estratos más conservadores de la sociedad. Esta degradación de la solidez y duración de las relaciones amorosas es otro resultado de la lógica de la aceleración. El psicoanalista italiano Massimo Recalcati insiste: la «aceleración maníaca del tiempo hace que la promesa amorosa del “para siempre” se vuelva ridícula, ingenua e incluso estúpidamente supersticiosa». Existe un «imperativo social de lo Nuevo» cuyo principio básico es que lo duradero resulta negativo, que nos empuja a desear y gozar lo novedoso. «Exige un goce siempre Nuevo, y, en consecuencia, vive las relaciones que se prolongan en el tiempo como cámaras de gas que acaban con la fascinación misteriosa del deseo.»

La presión temporal nos sofoca: los días son demasiado cortos para la infinidad de tareas que debemos emprender. Por más ágiles y eficaces que seamos, por más que nos apuremos, no podemos terminarlas. ¿Los efectos? Estrés. Tensión física y emocional. Presión arterial alta. Bruxismo. Nervios e intolerancia. Ansiedad: estrés incluso cuando no existe un factor externo que lo cause, estrés sin razón concreta.

El cuerpo y la mente de los humanos ponen barreras a la velocidad. La piernas dan de sí hasta cierto punto: llega el momento en que no se puede correr más rápido. Pero la lógica de la aceleración contraataca poniendo a nuestra disponibilidad una generosa cantidad

de sustancias estimulantes. Vivimos inmersos en una cultura del dopaje: buscamos a través de distintas sustancias la estimulación necesaria, el golpe de energía faltante. Oficinistas y amas de casa que sin café no logran despertar. Red Bull o alguna otra bebida energética para terminar la jornada laboral.

Sentimos que lo experimentado en el día a día carece de dirección y fin. La vida tan sólo transcurre aceleradamente, no hay continuidad entre cada uno de sus elementos. Cualquier evento es episódico: pasa y se esfuma. Si existe un principio rector, es el de la ausencia de un orden o sentido. La velocidad genera una desarticulación y, tarde o temprano, caos. Vivimos condenados a ser, de una forma u otra, parte de la vorágine. Actualmente no existen las condiciones, ni objetivas ni subjetivas, para resistir la aceleración que nos asedia. Espoleada por la avaricia del capital, la velocidad termina por roer lo que sea. La explicación: todo es propenso a volverse parte de un intercambio comercial y, como tal, a ser infestado por el ritmo acelerado del capital.

Cualquier intento por resistir al estado de las cosas actual debe enfocarse en enfrentar la aceleración, la concepción del tiempo sobre la cual descansa nuestra época. Si se logra evadirla, se mina el sistema político y económico actual –ese que nos obliga a ser veloces siempre. Giorgio Agamben apuntó con razón que «cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia. Por lo tanto, la tarea original de una auténtica revolución ya no es simplemente «cambiar el mundo», sino también y sobre todo «cambiar el tiempo».

No se resiste a la velocidad queriendo detenerla, sino saliendo de su dinámica. ¿Cómo lograr esto? Deteniendo el transcurrir del tiempo. Luchando contra él.

El uso corriente del término –entendiéndolo como una «brevísima porción de tiempo» (Diccionario de la lengua española)– nos ha hecho olvidar que el instante, más que ser una unidad de medición del tiempo, es una experiencia temporal particular. Como dicta la sabiduría popular, el instante dura apenas unos segundos, pero lo definitorio no es eso, sino que gracias a ese fugaz momento se pierde la noción del pasar del tiempo.

El error más grave sería creer que el instante constituye una experiencia similar a la emanada de la doctrina del YOLO. You only live once (sólo vives una vez) se ha vuelto, desde que el rapero Drake lo popularizó en una canción, el lema de buena parte de la juventud. Esta especie de hedonismo extremo no es una crítica al sistema capitalista de explotación, sino el eslabón final de la ética de consumo.

La experiencia del instante obliga a un olvido de sí. Rompemos con nuestro pasado y nuestro futuro. El yo se disuelve y nos volvemos todos los hombres. O mejor: nos volvemos cualquier hombre o mujer. Somos el otro y lo otro.

El instante es, por reutilizar palabras de D. T. Suzuki, «el momento en que el espíritu finito comprende que está arraigado en el infinito». Mediante el instante, desde nuestra condición de mortales, accedemos a un momento de eternidad: un momento en que el tiempo está detenido. El instante es el no-tiempo, breve suspiro en el que se anula el devenir.